

NUBES
OSCURAS



MISERICORDIA
PROFUNDA

LA GRACIA DE DIOS EN EL
LAMENTO

MARK
VROEGOP



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *Dark Clouds, Deep Mercy: Discovering the Grace of Lament*, © 2019 por Mark Vroegop, y publicado por Crossway, un ministerio editorial de Good News Publishers, Wheaton, Illinois 60187, U.S.A. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Nubes oscuras, misericordia profunda* © 2021 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados. Publicado por acuerdo con Crossway.

Traducción: Daniel Menezo

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NBV” ha sido tomado de la Nueva Biblia Viva, © 2006, 2008 por Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las cursivas en el texto bíblico son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5962-7 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6898-8 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7746-1 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 30 29 28 27 26 25 24 23 22 21

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

Para mi esposa, Sarah,
que recorrió valientemente a mi lado
nuestro peregrinaje del lamento.
Te quiero.

A mi hija, Sylvia,
a la que Dios usó para enseñarme
que lo duro es duro, no malo.
Te extrañamos.

Contenido

Prefacio de Joni Eareckson Tada.....	11
Agradecimientos.....	13
Introducción: La vida en una tonalidad menor. <i>Un viaje personal</i>	15
Parte 1: Aprendiendo a lamentarse. Salmos de lamento	
1. Sigue recurriendo a la oración. <i>Salmo 77</i>	25
2. Plantea tus quejas. <i>Salmo 10</i>	39
3. Pide osadamente. <i>Salmo 22</i>	53
4. Decide confiar. <i>Salmo 13</i>	69
Parte 2: Aprendiendo del lamento. Lamentaciones	
5. Un mundo roto y un Dios santo. <i>Lamentaciones 1–2</i>	87
6. La esperanza brota de la verdad recordada. <i>Lamentaciones 3</i>	103
7. Desenterrando ídolos. <i>Lamentaciones 4</i>	119
8. La hoja de ruta hacia la gracia. <i>Lamentaciones 5</i>	137
Parte 3: Viviendo con el lamento. Aplicaciones personales y comunitarias	
9. Personalizando el lamento.....	153
10. Lamentémonos.....	169

Conclusión: Nubes oscuras, misericordia profunda.	
<i>El camino por delante</i>	183
Apéndice 1 Veinte quejas	191
Apéndice 2 Salmos de lamento	195
Apéndice 3 Hoja de trabajo para aprender a lamentarse	197
Apéndice 4 <i>Pero, mas, y</i>	203
Bibliografía	205

Prefacio

Cuando una fractura de cuello sabotó mi vida y me dejó tetraplégica, me sentí como si Dios me hubiera aplastado bajo su talón como un cigarrillo. Por la noche movía con fuerza la cabeza de un lado a otro de la almohada, con la esperanza de provocarme una fractura más grave y acabar así con mi sufrimiento. Cuando salí del hospital me negué a moverme de la cama; le dije a mi hermana: “Corre las cortinas, apaga la luz y cierra la puerta”. Mi parálisis era permanente y, en mi interior, yo había muerto.

Para identificarte conmigo no hace falta que estés en una silla de ruedas. Tú ya sabes que, a veces, las circunstancias tristes no mejoran. Los problemas no siempre acaban resolviéndose. No se arreglan los conflictos. Hay niños que mueren, parejas que se divorcian y, en última instancia, la muerte sacude nuestro mundo y conmociona nuestra fe.

Intentamos salir adelante, como malabaristas que hacen girar platos al extremo de largas varillas. Cuando nos sentimos totalmente superados, probamos con meternos en la bañera, sudar en la cinta de correr, probarnos un vestido nuevo o marcharnos a la montaña para pasar el fin de semana. Sonreímos y decimos que confiamos en Dios, pero en el fondo sabemos que es mentira. Solo confiamos en que no nos cargue con más platos.

Así es como me sentía yo. Pero, después de pasar varias semanas en la cama, me cansé de estar deprimida y, al final, exclamé: “¡Dios, si no puedo morir, *por favor*, enséñame a vivir!”. Era justo la oración que Dios estaba esperando.

A partir de entonces, le pedí a mi hermana que me levantara y me situara en mi silla de ruedas delante de la Biblia. Con un palito

en la boca, iba pasando páginas de un lado para otro, buscando respuestas... *cualquier* respuesta. Busqué la ayuda de un consejero y amigo cristiano que me llevó directamente al libro de Lamentaciones. Me señaló el tercer capítulo:

Yo soy el hombre que ha visto aflicción...

Ciertamente [Dios] contra mí volvió y revolvió su mano todo el día (Lm. 3:1, 3).

Me quedé asombrada, pensando: “*¡Me siento igual que él!*”.

Me quedé sorprendida al descubrir que Dios recibe con amor nuestros lamentos. Más tarde descubriría, sobre todo gracias a Lamentaciones y Salmos, que nada resulta más liberador que saber que Dios nos comprende. Cuando sufrimos, Dios siente el dolor en su pecho. Nuestras frustraciones y nuestras preguntas no le escandalizan; las conoce perfectamente. Escribió el libro sobre ellas. Y aún más impresionante es que nos invita a acudir a su presencia y airear nuestras penas.

Y, para avanzar en medio del dolor y de la tristeza, *Nubes oscuras, misericordia profunda* es la *mejor* guía posible. Mark Vroegop sabe cómo escribir sobre este tema: no solo ha experimentado un profundo sufrimiento, sino que durante más de veinte años ha pastoreado a personas que sufren. Mark indica al lector qué hacer con la ira y con la depresión; no tienes que barrerlas bajo la alfombra de tu consciencia o minimizar su importancia, sino *hacer* algo bueno con ellas.

Si tus platos giran fuera de control, si estás clamando: “¡Dios, no puedo vivir así!”, te ruego que sepas que Mark Vroegop es buena compañía para ti. Deja que su maravilloso libro sea tu amigo en este viaje. Este talentoso autor ha vivido en el santuario particular del sufrimiento de Cristo y es un experto fiel en lo relativo a descubrir ayuda práctica en medio del sufrimiento. Deja que Mark te guíe; deja que el Espíritu de Dios te guíe porque, a lo largo de los próximos capítulos, descubrirás que la esperanza está a punto de despuntar en tu horizonte.

Joni Eareckson Tada
Joni and Friends International Disability Center

Agradecimientos

Hace más de diez años que quiero escribir este libro. Sin el respaldo y los ánimos que me han ofrecido muchísimas personas, ese deseo nunca se habría hecho realidad.

Estoy agradecido a los miembros de dos iglesias que fueron fundamentales para mi recorrido por el sufrimiento. Calvary Baptist Church en Holland, Michigan, no solo me hizo el regalo de permitirme servir en ella como pastor principal de 1996 a 2008; también cuidaron de mi familia tras la muerte de Sylvia, nuestra hija, llegando incluso a darnos dos semanas de vacaciones para que pudiéramos comenzar el largo proceso de la sanación. Nuestra familia jamás olvidará su amor por nosotros cuando nos cubrieron los oscuros nubarrones de un sufrimiento indescriptible.

Durante los últimos diez años he tenido el privilegio de ser el pastor de College Park Church en Indianápolis. Nuestro recorrido por Job, Salmos y Lamentaciones nos proporcionó un laboratorio de prácticas para todas las secciones de este libro. Aquellas personas, llenas de gracia y celo, han devorado la Palabra y la han puesto en práctica de una manera que sigue proporcionándome un gran gozo.

El equipo de ancianos de College Park Church me ofrecieron amablemente un año sabático en el 2014, que fue cuando se fue gestando la visión para este libro. Uno de los objetivos era desarrollar mi capacidad como escritor y Ann Kroeker fue quien me ayudó a hacerlo. Fue la primera persona que me convenció no solo de la necesidad que había de un libro sobre el lamento, sino también de que era yo quien debía escribirlo. Su estímulo implacable y su consejo profesional impulsaron el desarrollo temprano de este libro.

Robert y Austin, de Wolgemuth and Associates, corrieron el riesgo de aceptar el libro de un autor novel. Su apoyo tuvo un valor incalculable. Me fueron abriendo puertas y me ofrecieron su guía a cada paso del viaje. Sin ellos dos, este libro seguiría siendo una idea loca.

Dave DeWit, de Crossway, me proporcionó una formación muy meditada durante las primeras fases del progreso del manuscrito. Contar con un hombre con una capacidad y una compasión tan grandes, que leyera mi caótica prosa, fue uno de los muchos regalos de la gracia en este proceso. El don de exhortación que tiene Dave mantuvo siempre a raya mis dudas.

Hubo un grupo de amigos que mejoraron el manuscrito. Tim Whitney, Dale Shaw, Debbie Armbruster, Dustin Crowe, Dennis Swender y Jackie Halderman me proporcionaron críticas y sugerencias útiles. Sus aportes y recomendaciones fueron combustible para mi alma, dado que eran personas reales las que analizaban mis pensamientos.

Estoy agradecido a Sarah, mi esposa, que me ha acompañado por el camino del lamento durante más de veinticinco años. La he visto vivir aquello sobre lo que he escrito. El dolor de una madre es un sufrimiento incomparable y, aun así, ella siguió doliéndose, pero confiando, sin ceder nunca a la desesperación. La he visto lamentarse con más madres sufrientes de las que puedo contar. He visto cómo la misericordia surgía entre las nubes oscuras a medida que el sufrimiento se convertía en una plataforma, no en un pozo.

Por último, doy las gracias al Salvador que me dio su amor y me liberó de la esclavitud de mi pecado. Su crucifixión y su resurrección me recuerdan que Él compró el derecho de hacer que todas las cosas ayuden a bien. Espero con ansia el día en que una pequeña tumba en el Graafschap Cemetery entregue el cuerpo de mi hija, y mi fe se convierta en vista.

Y mientras aguardo expectante, me lamento.

Introducción

La vida en una tonalidad menor

Un viaje personal

Jehová dio, y Jehová quitó; sea el
nombre de Jehová bendito.

Job 1:21

Cuando empecé a aprender a lamentarme lo hice de rodillas.

“¡No, Señor!”, rogué. “¡Por favor, esto no!”. Era el año 2004, y mi esposa, Sarah, me despertó preocupada porque algo no iba bien en su embarazo. Pocos días antes de la fecha del alumbramiento, Sarah no había dormido en casi toda la noche, esperando que nuestra hija se moviera en su vientre. Tras horas de dar golpecitos en su vientre, de cambiar de postura y de levantar oraciones entre lágrimas, su preocupación iba en aumento. Dentro de su vientre, solo había quietud.

Clamé en oración junto a nuestra cama.

No éramos padres primerizos. Ocho años antes nos quedamos impactados cuando el técnico de ecografía pronunció la palabra “gemelos”. Sarah gestó a nuestros niños hasta la semana treinta y nueve, casi batiendo el récord de la consulta médica por el vientre más grande que habían visto jamás en el caso de gemelos. Tres días después del parto, volvimos con nuestros niños sanos a casa. Y luego, tres años después, fuimos bendecidos con otro hijo. Durante los cuatro años de nuestro matrimonio, dimos la bienvenida a nuestras vidas a tres hijos sanos.

No todo fue un camino de rosas. Encontramos obstáculos. Cuando nacieron nuestros tres hijos, yo era el pastor de enseñanza de una iglesia situada al oeste de Michigan. Siendo un pastor joven, me enfrentaba a pesadas cargas. Tenía falta de experiencia y en la iglesia nunca faltaron los conflictos, de modo que nos enfrentamos a muchos problemas; la vida no era fácil. Sin embargo, mi oración espontánea expresaba una nueva profundidad de desesperación.

Tenía miedo.

Después, aquella tarde, nuestro médico colocó un sensor sobre el vientre de Sarah, buscando un latido cardíaco. Pasaron los segundos. El médico probó diversos ángulos. Silencio. Vi la inquietud pintada en su rostro. Nos sugirió que pasáramos a la sala de ultrasonidos para determinar qué estaba pasando. Mi esposa inclinó la cabeza: ella ya lo sabía.

Pocos minutos después vimos el cuerpo de nuestro bebé en la pantalla. Observé mientras nuestro médico iba desplazando el pequeño lápiz lector. Yo había visto suficientes ultrasonidos como para saber lo que estaba buscando: el parpadeo granuloso de un corazón palpitante. El doctor señaló la pantalla y dijo: “Lo siento mucho, pero el corazón no late”.

Nuestro bebé, a solo unos días de entrar en nuestras vidas, había muerto.

Una tristeza como el oleaje

En aquel momento, las olas batientes del dolor fueron aplastantes, pero nuestro viaje apenas había comenzado. Pocas horas más tarde Sarah ingresó en el hospital. Me senté junto a la cama de mi esposa mientras ella soportaba varias horas de parto. Oramos y lloramos juntos. Unas veinticuatro horas después de escuchar la terrible noticia, tuve entre mis brazos el cuerpo inerte de mi hija Sylvia, que pesaba cuatro kilos. Mientras la acunaba, envuelta en una sábana del hospital, deseé que despertara. Su cuerpecillo, totalmente desarrollado, parecía tan normal... Pero no respiraba.

Era hermosa, pero no estaba viva.

Sentí un dolor y una pena tan penetrantes, que es imposible describirlos plenamente. El dolor se unió al temor en un caótico

torrente de emociones. Por mi mente discurrían acelerados pensamientos sobre el futuro. Me acosaban diferentes preguntas: ¿Cómo iban a reaccionar mis hijos ante este nivel de tristeza? ¿Volvería a ser feliz mi esposa? ¿Y si no volvía a quedarse embarazada nunca más? ¿Cómo podría yo vivir con este dolor mientras sentía la necesidad de sobreponerme a él para pastorear a una iglesia? ¿Sobreviviría nuestro matrimonio?

¡Tantas preguntas!

¡Tanto miedo!

Descubriendo el lamento

Tras la muerte de Sylvia, derramé mi corazón delante del Señor con una sinceridad desesperada. Combatí la tentación de enojarme con Dios. Luché con la tristeza que me abría un agujero en el pecho. En medio de mi sufrimiento, empecé a encontrar en la Biblia palabras y frases que captaban las emociones de mi corazón. Algunas parecían saltar de las páginas.

La Biblia dio voz a mi dolor. Hubo salmos concretos que pude hacer míos. Ya había leído esos pasajes en otras ocasiones, pero nunca los había entendido o escuchado como entonces. Así comenzó un viaje que duró años. Durante ese proceso, descubrí un idioma de tonalidad menor para mi sufrimiento: el lamento.

Aunque yo había pasado muchos años estudiando la Biblia, el lamento bíblico era algo nuevo para mí. En aquel momento ni siquiera sabía cómo llamarlo. Yo simplemente intentaba expresar mis temores y mis luchas, mientras al mismo tiempo orientaba mi corazón hacia Dios. Mi búsqueda de la supervivencia espiritual abrió mi corazón a esta forma de oración histórica y bíblica.

La tristeza sintonizó mi corazón para escuchar el cántico del lamento.

La sinceridad visceral expresada en la lamentación fue refrescante y útil. Verás, yo ya conocía las afirmaciones sobre el amor de Dios en pasajes como Romanos 8 y otros. Creía que, de alguna manera, Dios haría que todas las cosas encajaran con su propósito. Eso nunca lo dudé.

Pero mi sufrimiento no era apacible.

Destilaba crueldad.

Me enfrenté al temor, la decepción y la pena. Y, a lo largo de ese viaje, descubrí la gracia del lamento, una canción que nunca quise entonar. Sin embargo, una vez estuve en ese crisol, me sentí profundamente agradecido por esta dimensión no solicitada de la vida cristiana.

Al mirar atrás percibo cómo el lamento se convirtió en mi guía, mi maestro y mi consuelo.

Los años que siguieron la muerte de Sylvia fueron como una montaña rusa de emociones y de retos. Pasamos por múltiples abortos espontáneos y por un falso positivo de embarazo. Sin embargo, nuestras oraciones, dolientes pero honestas, nos ayudaron a convertir nuestra agonía en una plataforma para adorar.

El lamento nos ayudó a transitar por el desierto de nuestra pena.

El lamento que incomoda

Sin embargo, a lo largo de ese viaje descubrimos también que muchos cristianos, como nosotros, no estaban familiarizados con el lamento; de hecho, incluso les incomodaba. Cuando de vez en cuando, inocentemente, compartí algunas de las luchas de mi alma, algunas personas reaccionaron con un malestar visible. Otras recurrieron aceleradamente al deseo desesperado de “encontrar la parte positiva”, cambiaron rápidamente de tema, guardaron un silencio incómodo o incluso se excusaron y se fueron para escapar de la tensión.

Cuando mis interlocutores no abandonaban la conversación, a menudo respondían de maneras poco útiles. En esos momentos en que la gente pretende consolar, dice cosas como “Estoy seguro de que el Señor les dará otro bebé”, “Quizá haya más personas que se conviertan debido a la muerte de su hija”, o “Seguro que el Señor sabe que podía confiar en ustedes en esta prueba”.

Todos tenían buena intención. Agradecí sus intentos de aliviar nuestro sufrimiento, pero quedó claro que la mayoría de las personas no sabía cómo apoyarnos en nuestra tristeza.

Sencillamente, el lamento no era un territorio conocido.

El lamento como gracia

Cuando leí algunos libros sobre el sufrimiento, descubrí muchos intentos de explicar su propósito o de acompañar al lector por las etapas del dolor. Aunque esos libros resultaron útiles en cierto grado, frecuentemente pasaron por alto o ignoraron el concepto de lamento. Aunque hallar una explicación o una solución rápida para el dolor es un objetivo admirable, puede eludir la oportunidad que nos concede el lamento: dar permiso al individuo para luchar con la tristeza en lugar de apresurarse para superarla. Caminar por la tristeza sin entender y aceptar el cántico de lamentación que Dios nos da puede atrofiar el proceso de duelo.

Llegué a entender el lamento como un don útil de Dios.

A lo largo de este viaje, llegué a amar el Salmo 13. Era un pasaje que había leído muchas veces con anterioridad. Esta vez fue algo personal: expresó el sentir de mi corazón y sirvió de cauce para mi tristeza. Impidió que mi alma cayera en las zanjas del desespero y de la negación. Memoriqué sus palabras. Se convirtió en una ayuda para mi alma y para las de otros que sufrían.

¿Hasta cuándo, Jehová? ¿Me olvidarás para siempre?
¿Hasta cuándo esconderás tu rostro de mí?
¿Hasta cuándo pondré consejos en mi alma,
Con tristezas en mi corazón cada día?
¿Hasta cuándo será enaltecido mi enemigo sobre mí?

Mira, respóndeme, oh Jehová Dios mío;
Alumbra mis ojos, para que no duerma de muerte;
Para que no diga mi enemigo: Lo vencí.
Mis enemigos se alegrarían, si yo resbalara.

Mas yo en tu misericordia he confiado;
Mi corazón se alegrará en tu salvación.
Cantaré a Jehová,
Porque me ha hecho bien (vv. 1-6).

Durante esta odisea personal, empecé a detectar el valor terapéutico del lamento y a preguntarme por qué a menudo está ausente. Por ejemplo, cuando asistía a los funerales, escuchaba los sermones de otra manera y parecían contener poco lamento. También me resultó curiosa la ausencia de lamentaciones en nuestros cultos de adoración. Vi que la mayoría de las canciones son de celebración, de triunfo. Aunque no tengo nada contra la celebración y contra encaminar a las personas hacia la esperanza, la profundidad de mi sufrimiento me hizo anhelar la lucha espiritual sincera y espontánea con el dolor. Sin duda que la celebración no tiene nada de malo, pero en ausencia constante del lamento, me parecía incompleta.

Con el correr de los años empecé a hablar del lamento. Lo incluí en cultos funerarios. Lo enseñé en mis sermones. El efecto fue sorprendente: de entre las sombras empezaron a salir personas que sufrían. Mi vida y mi ministerio pastoral me llevaron a mantener numerosas conversaciones con personas dolientes. Empecé a ayudar a las personas a descubrir cómo el lamento nos invita a dolernos y a confiar, a luchar y a creer. Acompañé a personas a lo largo de su sufrimiento llevándolas al lamento, incluso animándolas a utilizarlo. Empecé a entender, en un nuevo nivel, por qué Salmos resulta tan útil para las personas atribuladas.

Comencé a entender el lamento como una reserva abundante pero desaprovechada de la gracia de Dios.

La misericordia profunda entre nubes oscuras

El objetivo de este libro es ayudarte a descubrir la gracia del lamento, animarte a encontrar la misericordia profunda en medio de las nubes oscuras. El título se basa en dos versículos de Lamentaciones que parecen ser una paradoja, pero no lo son.

¡Cómo oscureció el Señor en su furor a la hija de Sion!
(Lm. 2:1).

Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos,
Porque nunca decayeron sus misericordias (Lm. 3:22).

Espero que, cuando las circunstancias de la vida creen nubarrones oscuros, llegues a aceptar el lamento como una liturgia dada por Dios que te conduce a la misericordia. Este cántico histórico te da permiso para vocalizar tu dolor mientras te conduce hacia la adoración y la confianza teocéntricas. El lamento es el modo en que vives entre los dos polos de una vida dura y confías en la soberanía de Dios.

El lamento es nuestra manera de llevar ante Dios nuestra tristeza. Sin lamentación no sabremos cómo procesar del dolor. En lugar de eso, el silencio, la amargura e incluso la ira pueden dominar nuestras vidas espirituales. Sin lamento no sabremos cómo ayudar a las personas a superar la tristeza. Entonces solo ofreceremos soluciones trilladas, comentarios que sirven de poco o respuestas impacientes. Además, sin este sagrado cántico del abatimiento, no aprenderemos las lecciones que los lamentos históricos están destinados a enseñarnos.

El lamento es la forma en que los cristianos expresan su dolor. Es la manera de ayudar a personas heridas. El lamento es el modo en que aprendemos verdades importantes sobre Dios y sobre nuestro mundo. Mi experiencia personal y pastoral me ha convencido de que el lamento bíblico no solo es un don, sino también una dimensión de la vida cristiana que muchos cristianos del siglo XXI han pasado por alto.

Si olvidamos esta canción en tonalidad menor, un mundo quebrantado y una cultura cada vez más hostil harán que el cristianismo contemporáneo esté desequilibrado y limitado en la esperanza que ofrecemos. Tenemos que recuperar la práctica antigua del lamento y la gracia que viene mediada por ella. Cuando el lamento está ausente, el cristianismo sufre.

Un viaje por el lamento

Este libro traza una ruta para nuestro viaje. Nos llevará por una exploración de cuatro salmos de lamento y por un libro bíblico dedicado al tema: Lamentaciones. En la Parte 1 intentaré ayudarte aprender *a* lamentarte. En la Parte 2, tengo la esperanza de enseñarte lo que aprendemos *del* lamento. Y, por último, en la Parte 3,

analizaremos cómo vivir *con* el lamento, tanto individualmente como con otras personas.

Aunque en aquel momento no fui consciente, el hecho de que Sylvia naciera muerta fue el comienzo de mi descubrimiento de la lamentación. El sendero de tristeza generó afecto por el lenguaje bíblico de la pena que luego se extendería hasta otras áreas de mi vida y de mi ministerio personal.

Mi oración temerosa (“¡Por favor, esto no!”) solo fue el principio de un viaje providencial donde aprendí a amar el lamento y la gracia que viene por medio de él. Independientemente de cuáles sean las circunstancias en tu vida, este cántico en tonalidad menor puede ayudarte.

Acompáñame en este viaje.

Cuando descubrimos la gracia del lamento, hallamos la misericordia profunda debajo de las nubes oscuras.

Preguntas para reflexionar

1. ¿Cuál ha sido tu historia con el dolor o la tristeza? ¿Qué eventos dolorosos de tu vida han moldeado tu alma y tu comprensión de Dios?
2. ¿Cuáles son algunas de las preguntas y de las luchas a las que tienes que enfrentarte frecuentemente cuando te encuentras con el sufrimiento?
3. ¿Cuáles son algunos de tus pasajes favoritos de la Biblia que aportan consuelo y tranquilidad a quienes están sufriendo?
4. ¿Cómo definirías el lamento, y cuál es tu opinión sobre él?
5. Cuando has tenido que ayudar a un amigo o a un ser querido a superar el dolor del sufrimiento, ¿cuáles son algunas de las cosas que te han resultado útiles, y cuáles inútiles?

PARTE 1



APRENDIENDO A LAMENTARSE

SALMOS DE LAMENTO

Sigue recurriendo a la oración

Salmo 77

Al Señor busqué en el día de mi angustia;
Alzaba a él mis manos de noche, sin descanso;
Mi alma rehusaba consuelo.
Me acordaba de Dios, y me conmovía...

Salmo 77:2-3

¿Quién te enseñó a llorar? Por supuesto, la respuesta es “nadie”. Aunque no te acuerdes, el primer sonido que emitiste cuando abandonaste el cálido y protegido hogar que era el vientre de tu madre fue un sonoro llanto.¹ Una protesta que salió del corazón.

Todo ser humano comienza su historia de la misma manera. La vida empieza con lágrimas. Esto, sencillamente, forma parte de lo que significa ser humano: llorar es humano.

Sin embargo, el lamento es distinto. La práctica del lamento (el que es bíblico, sincero y redentor) es algo que no nos resulta natural, porque cada lamento es una oración. Es una declaración de fe. El lamento es el clamor sincero de un corazón dolido que lucha con la paradoja del dolor y con la promesa de la bondad de Dios.

Lamentarse es de cristianos

Crear en la misericordia, redención y soberanía de Dios genera lamento. Sin esperanza en la liberación de Dios y la convicción de

1. Agradezco este concepto tal como aparece en Michael Card, *A Sacred Sorrow: Reaching Out to God in the Lost Language of Lament* (Colorado Springs, NavPress, 2005), 19.

que es todopoderoso, no habría motivos para lamentar que el dolor invadiera nuestras vidas. Todd Billings, en su libro *Rejoicing in Lament* [Cómo regocijarse en el lamento], nos ayuda a comprender esta idea fundamental: “Es precisamente debido a la confianza en que Dios es soberano por lo que el salmista presenta repetidamente lamentos y peticiones al Señor... Si los salmistas hubieran decidido ya el veredicto (que en realidad Dios es infiel), no seguirían exponiendo sus lamentaciones”.² Por consiguiente, el lamento está enraizado en lo que creemos. Es una oración cargada de teología. Los cristianos afirman que el mundo está roto, Dios es poderoso y será fiel. Por lo tanto, el lamento salva el vacío entre el sufrimiento y la promesa.

Llorar es humano, pero lamentarse es propio de cristianos.

Hace unos años estaba dirigiendo una reunión de oración para el personal de nuestra iglesia. Coloqué una silla vacía en el centro de un círculo formado por más sillas. Mientras cantábamos, orábamos y leíamos espontáneamente las Escrituras, invité a los presentes a que ocuparan la silla del centro y levantaran una oración de lamento al Señor. Habíamos estado estudiando el tema como iglesia. Pensé que sería buena idea poner en práctica esta canción en tonalidad menor. También sabía que en aquella habitación había mucho sufrimiento.

Tras unos minutos de silencio incómodo, una joven valiente se dirigió, nerviosa, a la silla central. Aferró con fuerza una pequeña tarjeta y suspiró. Las emociones dolorosas estaban justo bajo la superficie. Su esposo, que también formaba parte de nuestro personal, se reunió con ella enseguida, arrodillándose. Pronto acudieron otros, que les pusieron las manos sobre los hombros, como señal sencilla pero emotiva de que los acompañaban en su dolor. Con voz temblorosa, ella leyó su lamento:

¿Hasta cuándo, Señor? ¿Nos olvidarás para siempre? ¿Cuánto tiempo nos negarás la bendición de un hijo? ¿Cuánto tiempo más tendremos que clamar, cuántos días, meses o años más pasarán y nuestros brazos seguirán vacíos? ¿Cuánto más tendremos que

2. Todd Billings, *Rejoicing in Lament: Wrestling with Incurable Cancer and Life in Christ* (Grand Rapids, MI, Brazos, 2015), 58-59.

esforzarnos en reír con los que ríen mientras nosotros lloramos? Pero yo he confiado en tu amor fiel. Mi corazón se regocijará en tu salvación. Cantaré al Señor porque Él ha sido generoso conmigo. ¡Gracias, Padre!³

Con una breve oración, ella expresó su profunda tristeza, mientras al mismo tiempo reafirmaba su confianza. Lloró y recordó. Sollozó y confió. Se lamentó.

Después de su oración, otro miembro del personal se sentó en la misma silla. “¡Aquí estoy otra vez, Señor! No me gusta esta silla, pero sé que debo ocuparla. Mi esposa y yo deseamos adoptar otro bebé, y estamos agotados de tanto esperar y de los altibajos emocionales. Pero confiamos”.⁴ Cuando acabó aquella reunión de oración, cuatro parejas habían lamentado sus cunas vacías. El lamento les proporcionó un idioma que vinculó a aquellas parejas que sufrían con lo que ellos sabían que era cierto mientras seguían esperando.

Una de las razones por las que he escrito este libro ha sido mi amor hacia las personas que experimentan la presencia desagradable del sufrimiento. Como seguidor de Jesús, he pasado personalmente por mi propio trauma de pérdida inexplicable y he luchado con preguntas inquietantes. Como pastor, he llorado con incontables personas en algunos de los momentos más oscuros de la vida. Todo cristiano experimenta cierto grado de sufrimiento y de problemas, y he apreciado la diferencia entre quienes aprenden a lamentarse y quienes no lo hacen. He observado la manera en que el lamento proporciona un ancla crítica para el alma. Nadie busca el sufrimiento que lleva al lamento, pero cuando la vida se desmorona, este cántico en tonalidad menor nos da vida.

¿Qué es el lamento?

Antes de comenzar nuestro viaje para analizar cuatro salmos y el libro de Lamentaciones, es necesario que definamos el lamento.

3. De una anterior miembro del personal de nuestra iglesia, que prefiere conservar su anonimato (2016). Usado con permiso.

4. De un miembro del personal, que prefiere conservar su anonimato (2016). Usado con permiso.

Permíteme ofrecerte un breve esbozo y luego veremos qué es el lamento en el Salmo 77.

El lamento puede definirse como un grito fuerte, un aullido o una expresión apasionada de tristeza. Sin embargo, en la Biblia el lamento es más que sentir ansiedad y que hablar de tristeza. Es algo más que pasar por las etapas del duelo.

El lamento es una oración en medio del sufrimiento, que conduce a la esperanza.

A lo largo de las Escrituras, el lamento da voz a las poderosas emociones que sienten los creyentes debido al sufrimiento. Se enfrenta a los problemas que surgen. Típicamente, el lamento formula como mínimo dos preguntas: (1) “¿Dónde estás, Dios?”; (2) “Si me amas, ¿por qué me pasa esto?”.⁵ A veces estas preguntas las formulan individuos. En otros momentos, las formulan comunidades enteras. Hay veces en que el lamento refleja las circunstancias difíciles en general, otras en que se debe a lo que han hecho otros, y otras que es debido a las decisiones pecaminosas del pueblo de Dios en concreto.

Podrías pensar que el lamento es lo opuesto a la alabanza. No lo es. En cambio, el lamento es un camino que lleva a la alabanza a medida que nos conduce por nuestro quebranto y nuestra decepción.⁶ Este cántico se entona en ese lugar situado entre el quebranto y la misericordia de Dios. Piensa en el lamento como la transición entre el dolor y la promesa.

Es el sendero entre la angustia y la esperanza.

El patrón del lamento

La mayor parte de los lamentos bíblicos sigue un patrón según el cual Dios lleva a los sufrientes por una ruta determinada. Esta odisea poética suele incluir cuatro elementos clave: (1) una apelación a Dios, (2) una queja, (3) una petición y (4) una expresión de confianza y/o de alabanza.⁷ Para el propósito de este libro, usaré cuatro

5. Card, *Sacred Sorrow*, 17.

6. Card, *Sacred Sorrow*, 21.

7. Stacey Gleddiesmith, “My God, My God, Why? Understanding the Lament Psalms”, *Reformed Worship*, junio de 2010, www.reformedworship.org/article/june-2010/my-god-my-god-why.

palabras que nos ayuden a aprender cómo lamentarnos: *volverse*, *quejarse*, *pedir* y *confiar*. La Parte 1 estudiará estos pasos, ayudándonos a entender en qué consisten y cómo ponerlos en práctica.

Cada paso del lamento forma parte del camino que conduce a la esperanza. En la apelación, el corazón se vuelve a Dios en oración. La queja expone claramente y sin evasivas los motivos que subyacen en la tristeza. A partir de ese momento, normalmente la persona que se lamenta pide a Dios que actúe, que haga algo. Por último, casi todos los lamentos concluyen con una renovación de la confianza y de la alabanza.

En este primer capítulo veremos cómo el lamento empieza cuando recurrimos a Dios en oración. Descubriremos las reservas de gracia que obtendremos cuando demos el paso de fe que consiste en apelar a Dios. El lamento nos invita a apartar nuestra vista de los escombros de la vida para fijarla en el Redentor de cada herida. Nos llama a acercarnos a la promesa mientras aún estamos sufriendo.

El libro de Salmos es el punto en el que comienza nuestro viaje.

Los salmos de lamento

El libro de Salmos está lleno de lamentos. Sin duda este el motivo de que sea una parte tan querida de las Escrituras. ¿No es Salmos uno de los primeros lugares a los que acudes cuando sufres? Salmos era el himnario de la comunidad del pacto con Dios. Los salmos reflejan las alegrías, las luchas, las tristezas y los triunfos de la vida. Cabe destacar que, como mínimo, una tercera parte de Salmos son lamentaciones; es la categoría más extensa de todo el Salterio.⁸ Tanto si el lamento es colectivo, como si es individual, si está orientado al arrepentimiento o es imprecatorio (manifestando firmemente el deseo de obtener justicia), es imposible leer Salmos sin encontrar lamentos.

Uno de cada tres salmos está en tonalidad menor. ¡Piensa en ello! Una tercera parte del himnario oficial de Israel habla del

8. Bruce K. Waltke, James M. Houston y Erika Moore, *The Psalms as Christian Lament: A Historical Commentary* (Grand Rapids, MI, Eerdmans, 2014), 1.

sufrimiento. Pero fíjate en las pocas veces que aparecen los lamentos en nuestros himnarios o en nuestras canciones contemporáneas. Esto me resulta curioso y preocupante. ¿Podría ser que nuestra prosperidad, nuestra comodidad y nuestro amor por el triunfalismo queden reflejados en lo que cantamos? ¿Es posible que nuestro desconocimiento de la lamentación sea un subproducto de una sutil mala interpretación del sufrimiento cristiano? No me entiendas mal: no hay duda de que la celebración y la afirmación gozosa de las verdades que creemos tiene un lugar en nuestro culto. Pero me pregunto cuál será el efecto a largo plazo si la iglesia contemporánea y sus miembros adoptan la costumbre de pasar por alto esta dimensión esencial del cristianismo. El número de lamentos, su uso y su mensaje nos invitan a reflexionar sobre el valor de este cántico de tristeza bíblico.

Los lamentos están en la Biblia por un motivo.

Cuando juntamos todos estos elementos, queda claro que esta canción en tonalidad menor es esencial para la vida del pueblo de Dios. En el lamento hay algo exclusivamente cristiano, algo redentor, y un intenso componente de fe. Espero que este libro te ayude a descubrir la gracia del lamento.

Partiendo de este trasfondo, vamos a aprender cómo lamentarnos mediante el estudio del primer elemento: volver nuestros corazones a la oración.

Salmo 77: Sigue orando

He optado por comenzar con el Salmo 77 porque nos ofrece un ejemplo maravilloso de la conexión entre el lamento y el acto de volverse a Dios. Muestra lo hermoso que es empujar al corazón hacia Dios en medio de nuestro sufrimiento. Este salmo está repleto de una lucha sincera, un dolor profundo, preguntas difíciles, una confianza decidida y un fundamento bíblico. Para aprender a lamentarnos, debemos tomar la decisión de hablar con Dios, de orar sin cesar. Sé que esto suena bastante básico, pero es donde hemos de empezar. El lamento comienza con la invitación de volverse a Dios cuando estamos padeciendo. Permíteme que te lo demuestre.

Clamar a Dios

Con mi voz clamé a Dios,
A Dios clamé, y él me escuchará.
Al Señor busqué en el día de mi angustia;
Alzaba a él mis manos de noche, sin descanso;
Mi alma rehusaba consuelo (Sal. 77:1-2).

La primera línea de este lamento, “Con mi voz clamé a Dios”, define el tono del pasaje. El salmista está sufriendo, pero no guarda silencio. Sin embargo, no se limita a hablar, quejarse o gimotear; clama en oración.

A continuación, en los dos primeros versículos aparecen otras referencias a la oración: “él me escuchará” (v. 1b), “al Señor busqué en el día de mi angustia” (v. 2a) y “alzaba a él mis manos de noche, sin descanso” (v. 2b) (una referencia a la postura adoptada para orar).

Es evidente que el salmista extiende sus manos a Dios en medio de su aflicción. Por favor, no pases esto por alto ni lo des por hecho. Es realmente importante; de hecho, puede ser una de las razones por las que estás leyendo este libro.

Para orar un lamento hace falta fe.

Orar en medio de la angustia, a pesar de la lucha desorganizada y las preguntas difíciles, es un acto de fe mediante el que abrimos nuestros corazones a Dios. El lamento en oración es mejor que el silencio. Sin embargo, he descubierto que muchas personas temen a la lamentación. La consideran demasiado franca, abierta o arriesgada. Pero hay algo todavía peor: el desespero silencioso. La manifestación última de la incredulidad consiste en no transmitir nuestra desesperación a Dios. El desespero nace de la angustia incurable de creer que a Dios le da todo igual, que no nos escucha y que nunca cambiará nada. Las personas que creen esto dejan de orar. Tiran la toalla.

Sin embargo, el lamento dirige nuestras emociones expresando nuestra aflicción por medio de nuestra oración, vocalizando nuestras preguntas e incluso nuestras dudas. Recurrir a la oración por medio del lamento es una de las demostraciones más profundas

y costosas de la creencia en Dios.⁹ James Montgomery Boice (1938–2000), que durante treinta y dos años fue pastor de la Tenth Presbyterian Church de Filadelfia, nos ayuda a ver el valor espiritual de la oración cuando tenemos preguntas espirituales:

Es mejor formularlas que no hacerlo, porque formularlas define mejor la cuestión y nos empuja hacia la respuesta correcta, positiva. Alexander Maclaren escribe: “Es mejor expresar las dudas con un lenguaje claro que dejar que floten en [el] corazón, difusas y creando oscuridad, como nieblas venenosas. Un pensamiento, sea bueno o malo, se puede resolver cuando se expresa”.¹⁰

Me pregunto cuántos creyentes dejan de hablar a Dios de su congoja. Decepcionados debido a oraciones sin respuesta o frustrados por las circunstancias fuera de control, estas personas acaban perdidas en un desierto espiritual incapaces de hablar con Dios (o negándose a hacerlo).

Este silencio es letal para el alma.

Quizá tú seas uno de los que ha usado con Dios “la técnica del silencio”. A lo mejor simplemente no sabes qué decir. Puede que haya una cuestión o una lucha concreta de la que te resulta imposible hablar con Dios. Te resulta demasiado doloroso. Espero que sientas la motivación de volver a orar de nuevo. O quizá tengas un amigo o amiga que está luchando de verdad, viviendo en el dolor. Es posible que esa persona ore diciendo algunas cosas que te hagan sentir incomodidad, o incluso alarma, pero antes de que actúes demasiado rápido y acalles su oración, recuerda que al menos esa persona está orando. Es un punto de partida.

Las oraciones de lamento requieren fe.

Expresa en oración tus luchas

Sin embargo, orar en medio de la tristeza no es una garantía de

9. Card, *Sacred Sorrow*, 55.

10. James Montgomery Boice, *Psalms*, vol. 2, *Psalms 42-106*, An Expository Commentary (Grand Rapids, MI, Baker, 2005), 640-41.

que la lucha emocional concluirá inmediatamente. El salmista es muy claro cuando describe su tensión constante:

Mi alma rehusaba consuelo.
Me acordaba de Dios, y me conmovía;
Me quejaba, y desmayaba mi espíritu. *Selah*
No me dejabas pegar los ojos;
Estaba yo quebrantado, y no hablaba
(Sal. 77:2b-4).

Está orando, pero la oración no le aporta un consuelo o una resolución inmediatos. Sus oraciones no “funcionan”. Aun así, sigue orando.

Debes saber que el lamento no siempre conduce a una solución inmediata. No siempre produce una respuesta rápida u oportuna. El sufrimiento es salvaje. El lamento no es una fórmula simplista. No, el lamento es el cántico que entonas creyendo que *algún día* Dios te responderá y te restaurará. El lamento nos invita a orar en medio de nuestras luchas con una vida que dista mucho de ser perfecta.

Presenta en oración tus preguntas

Las circunstancias difíciles sacan a la luz grandes e inquietantes preguntas. El salmista quiere saber por qué Dios no está haciendo más. Comienza a considerar “los días desde el principio”, a acordarse de sus “cánticos de noche” y su “espíritu inquiría” (77:5-6). Este hombre piensa y reflexiona.

Esta angustiada búsqueda le lleva a formular seis incisivas preguntas retóricas:

1. “¿Desechará el Señor para siempre?” (v. 7).
2. “¿No volverá a sernos propicio?” (v. 7).
3. “¿Ha cesado para siempre su misericordia?” (v. 8).
4. “¿Se ha acabado perpetuamente su promesa?” (v. 8).
5. “¿Ha olvidado Dios el tener misericordia?” (v. 9).
6. “¿Ha encerrado con ira sus piedades?” (v. 9).

¿Realmente cree el salmista que Dios no le ama, no guarda sus promesas y no es fiel? No lo creo, y el resto del salmo respalda esta conclusión. Pero sí que es cierto que aquí el escritor hace algo importante. Orar sinceramente de esta manera admite que el dolor y el sufrimiento a menudo generan emociones difíciles que *no* se basan en la verdad pero que aun así *sentimos* que son ciertas.

Las preguntas honestas, humildes y llenas de dolor forman parte de lo que significa ser seguidores de Jesús. En el siguiente capítulo, cuando aprendamos sobre las quejas, analizaré esto con mayor amplitud. Por ahora, simplemente quiero que entiendas que el lamento consiste en volverse humildemente a Dios por medio del sufrimiento. Hace falta fe para exponer nuestras preguntas angustiosas delante del Señor.

Cualquier persona puede llorar, pero hace falta fe para volverse a Dios mediante el lamento.

La oración nos hace dar la vuelta

El lamento es una oración que nos guía por la tristeza personal y por las preguntas difíciles hasta llegar a la verdad que sirve de ancla a nuestra alma. En el Salmo 77:11 aparecen repetidas veces expresiones importantes que significan “recordar”.

Traeré, pues, a la memoria los años de la diestra del

Altísimo.

Me acordaré de las obras de JAH;

Sí, haré yo memoria de tus maravillas antiguas.

Meditaré en todas tus obras,

Y hablaré de tus hechos (Sal. 77:10b-12).

Aquí es donde la oración de lamento toma el desvío hacia la resolución.

En medio de todos nuestros sentimientos, y de todas las preguntas que tenemos, llega un punto en que debemos recordar lo que sabemos que es cierto. El salmo entero cambia con el adverbio “pues” del versículo 10 y con la referencia posterior a la historia de la poderosa liberación de Dios.

A este recuerdo se hallan conectadas algunas frases importantes: “Traeré, pues, a la memoria los años de la diestra del Altísimo” (v. 10b) y “Me acordaré de las obras de JAH” (v. 11a). Esta reflexión se vuelve personal, como si el salmista estuviera hablando directamente con Dios: “Sí, haré yo memoria de tus maravillas antiguas” (v. 11b), y

Meditaré en todas tus obras,
Y hablaré de tus hechos (v. 12).

El salmista echa la mirada atrás y reflexiona sobre las obras de Dios en el pasado.

Luego el enfoque pasa de nuevo de las obras históricas de Dios al propio carácter de este.

Oh Dios, santo es tu camino;
¿Qué dios es grande como nuestro Dios? (v. 13).

¡Fíjate qué diferente es esta pregunta retórica de las seis preguntas anteriores! Este es un punto de inflexión relevante. Nuestro paso de las preguntas sinceras a la confianza firme hace que el lamento se llene de gracia.

El objetivo de este libro es ayudarte a comprender este cambio y hacerlo tuyo.

Anteriormente, en este capítulo, dije que los lamentos solo son posibles si crees de verdad que Dios es bueno. Ya sabes que el carácter de Dios (su soberanía, su bondad y su amor) genera tensión cuando nos enfrentamos a circunstancias dolorosas.

El lamento es nuestra manera de aprender a vivir entre los extremos de una vida difícil y la bondad de Dios. Es una oportunidad de recordar a nuestros corazones la fidelidad de Dios en el pasado, sobre todo cuando los sucesos inmediatos de la vida son aplastantemente negativos. Aunque seguimos sufriendo, el lamento recuerda a nuestros corazones aquello que creemos que es verdad.

Las personas que sufren tienen permiso para dolerse, pero no sin objetivo ni de forma egoísta. El lenguaje bíblico del lamento puede redirigir a los que lloran hacia lo que es cierto, a pesar del

valle oscuro que estén recorriendo. Anhele que se multiplique la experiencia del lamento personal y colectivo. ¿Cuántos cristianos necesitan aprender a lamentarse? ¿Cuántos necesitan redirigir sus pensamientos? Yo he llegado a valorar el lamento por el efecto que tiene en las vidas de las personas.

Ora el evangelio

El Salmo 77 concluye con el momento extremo que definió al pueblo de Israel y su relación con Dios: el éxodo. El salmista recuerda este momento decisivo en la historia judía, cuando Dios manifestó su fidelidad y su amor:

Te vieron las aguas, oh Dios;
Las aguas te vieron, y temieron;
Los abismos también se estremecieron...
En el mar fue tu camino,
Y tus sendas en las muchas aguas;
Y tus pisadas no fueron conocidas.
Condujiste a tu pueblo como ovejas
Por mano de Moisés y de Aarón (vv. 16, 19-20).

¿Ves lo que está pasando aquí? El salmista sujeta sus preguntas, su corazón dolorido, al ancla del evento redentor más importante de la historia de Israel. Este momento definió su comprensión del carácter de Dios. El éxodo fue un ancla para su alma cansada.

Para el cristiano, el evento del éxodo (ese lugar donde hallamos la liberación definitiva) es la cruz de Cristo. Allí es donde deberíamos llevar todas nuestras preguntas, nuestras angustias y nuestros sufrimientos. La cruz nos muestra que Dios ya ha demostrado que está por nosotros y no contra nosotros.

El apóstol Pablo llega incluso a citar un lamento, el Salmo 44, antes de proclamar la promesa de que nada puede separarnos del amor de Dios:

Como está escrito:

Por causa de ti somos muertos todo el tiempo;

Somos contados como ovejas de matadero.

Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro (Ro. 8:36-39).

La promesa para los cristianos es tan gloriosa como profunda: Jesús compró el derecho de arreglar todas las cosas.

Incluso si “somos muertos todo el tiempo” o somos “como ovejas que van al matadero”, nada (ninguna pena, ninguna decepción, ninguna enfermedad, ni siquiera la muerte) puede separarnos del amor de Dios.

Las oraciones de lamento celebran esta verdad con lágrimas.

Laméntate por fe

¿Te das cuenta de lo exclusivamente cristiano que es el lamento? Para orar, cuando estás sufriendo, es necesario que tengas fe. La creencia en Dios plantea preguntas desafiantes, y el lamento proporciona la oportunidad de reorientar tu corazón sufriente hacia lo que es verdad. Pero, para que eso suceda, tienes que recurrir a la oración. Tienes que dejar de guardar silencio. La frustración y el desánimo podrían tentarte a dejar de hablar con Dios.

El lamento abre una puerta y te muestra un camino hacia la confianza.

A menudo, el clamor sentido de la lamentación es breve o confuso. Es posible que te parezca un poco forzado o incómodo. Pero sigue hablando con Dios; no permitas que tu miedo, tu desespero o tu costumbre de guardar silencio interrumpan el flujo de la gracia. Si permites que el lamento sea tu nuevo idioma, tu sufrimiento puede ser una vía hacia Dios.

Si no dispones de las palabras, lee en voz alta uno de los salmos de lamento.¹¹ Medita en él; permítele que abra tu corazón. Deja que

11. Consulta el Apéndice 2 para ver una lista de diversos salmos de lamento.

el lamento haga su obra en tu vida. Permite que te conduzca a otras facetas de este sagrado cántico de abatimiento. Sigue luchando, sigue esforzándote, sigue orando.

Nadie te enseñó a llorar. Las lágrimas son parte de lo que significa ser humano. Pero lamentarse es cosa de cristianos. El lamento es una oración de fe para el espacio que media entre una vida difícil y la bondad de Dios. Tenemos que aprender a lamentarnos. Cuando lleguen las lágrimas, el primer paso es volverse a Dios en oración.

Preguntas para reflexionar

1. Explica con tus propias palabras qué hace que el lamento sea propio de cristianos. ¿Por qué hace falta fe para lamentarse?
2. Describe un momento en que te resultara difícil orar porque estabas sufriendo. ¿Cuáles fueron las circunstancias o los motivos de tu silencio?
3. ¿Cuáles son algunas de las preguntas difíciles y dolorosas que has formulado a Dios con el paso de los años?
4. Cuando piensas en la fidelidad de Dios, ¿en qué momentos ha demostrado que es digno de confianza?
5. ¿Qué pasajes de las Escrituras usas para afirmar tu alma en quién es Dios?
6. ¿Cómo se relaciona el lamento con tu teología?
7. ¿En qué sentido la cruz se convierte en el ancla definitiva y la resolución para nuestro sufrimiento y nuestro dolor?
8. A modo de conclusión de este capítulo, dedica unos minutos a hablar con Dios de lo que lleves en tu alma. Háblale de tu dolor, comparte tus preguntas, afirma tu confianza y pídele que te ayude a seguir confiando en Él.